

Fueron el paisaje sonoro de Valencia

Redoble de muerte por las campanas

JAVIER VALENZUELA

Durante siglos Valencia fue famosa, entre otras cosas, por los muchos y variados toques de sus campanas que daban la hora, denunciaban los incendios y señalaban el acontecer, alegre o luctuoso, de la ciudad. Con el anuncio de la electrificación del último de sus campanarios, el de San Valero, toda una colectividad despide al que fuera su principal medio de comunicación.

Los toques de campanas eran música colectiva, sistema de comunicación, paisaje sonoro de la ciudad, antes de que la industrialización y la urbanización más o menos salvajes acabaran con un modo de vivir colectivamente. Y los del interior de las murallas de Valencia tenían extendida fama. «Doscientos toques distintos conocían los campaneros de nuestra catedral y hasta ochenta los de muchas parroquias», dice Francesc Llop i Bravo, que lleva más de diez años estudiando la teoría y práctica del tema.

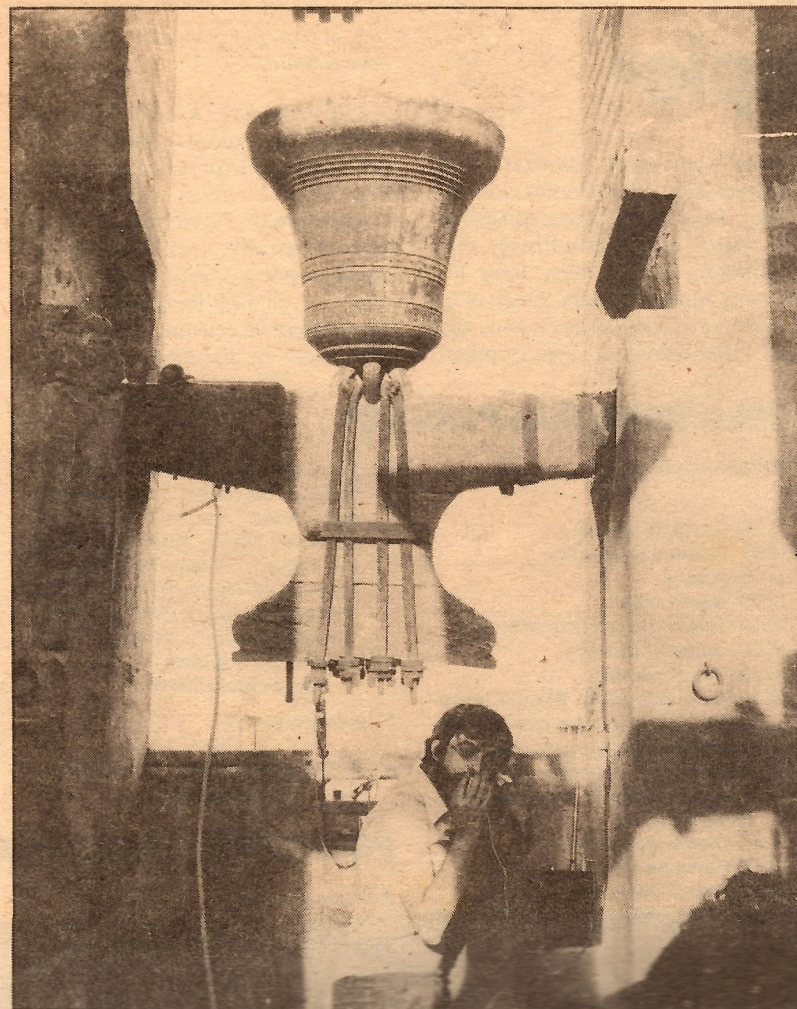
Aquí habría que deshacer ya, en opinión de Llop, el equívoco que identifica comunicación por campanas con sociedad religiosa. Los viejos bronce, desde lo alto de sus torres, cantaban las horas a la ciudadanía, advertían que en tal o cual lugar había prendido el fuego, informaban de la muerte de un vecino. «En un barrio de unas dos mil personas era fácil identificar al difunto por los toques del campanario de la parroquia, que señalaban con precisión su sexo, edad y condición social», explica Llop. Hasta cuarenta categorías de muertos había, y si el fallecido era niño o niña, se escuchaba un volteo y un toque alegre porque la barriada tenía un nuevo *angelet del cel*.

En una sociedad jerarquizada piramidalmente, las campanas de la catedral mandaban. Su música comenzaba a las 6 de la madrugada, hora de apertura de las murallas, y terminaba a las 10 de la noche, hora del cierre. El último campanero del templo, hará unos doce años, aún seguía este sistema tradicional.

Un siglo de decadencia

Cuenta Francesc Llop que los tipos de toques podían resumirse en

tres fundamentales. Los *volteos* indicaban ciertas fiestas especiales. En las grandes solemnidades, como el Corpus, San Vicente o el día de la Mare de Déu, el resto de las campanas seguían a las de la catedral, aunque cada parroquia tenía sus peculiares *volteos*, según la fiesta de su espacio. Los *coros*, de los que había veinte tipos distintos, informaban de la categoría religiosa de la semana, precisando el color litúrgico del día, si el santo que se celebraba era hombre o mujer y si se trataba de una fiesta de guardar o no. Tenían fama los *coros* de los Santos Juanes. Los toques de *difuntos*, tenían un carácter religioso-civil, y es cierto que las



Francesc Llop hace hablar, una vez al año, a los viejos bronce del Patriarca.



ANA TORRALVA

mujeres merecían un toque menos que los varones.

Por otra parte, habían toques de todos los estilos, góticos, barrocos, neoclásicos y demás, que los campaneros conocían a la perfección. Los campaneros eran un mundo aparte. Frecuentemente, como los organistas, se preciaban de ser anticlericales. Excepto el de la catedral, que era un profesional con dedicación exclusiva, los demás solían trabajar como zapateros, carpinteros o albañiles. Estaban, eso sí, asignados a su parroquia a la que cobraban por su oficio una pequeña cantidad.

«A principios de este siglo», dice Llop, «ya hay textos de campaneros que hablan de la crisis de este tradicional sistema de comunicación». Pero en los años 20 aún habían unos dieciocho campaneros fijos en Valencia, cada uno con su grupo de ayudantes. Después vendría el cambio brutal de modelo de sociedad, y en el año 68 sólo quedaban cuatro. Finalmente, el último superviviente, el de la parroquia de San Valero en Russafa, Enrique Martín, ve en peligro su puesto por el anuncio de electrificación del campanario.

Ochenta mil pesetas cuesta amortizar una campana, pero desde los años 60 no se ha dejado de hacerlo. Incluso se han puesto grabaciones en lo alto de las torres. Y muchos bronce de indudable valor han pasado a la fundición. «El viejo paisaje ciudadano, dominado por los campanarios, ha desaparecido en un caos multiforme de edificaciones», se lamenta Llop, que prosigue explicando cómo la crisis del sacerdocio, «cada vez hay menos curas y muchos trabajan fuera de la parroquia», y la imposibilidad de pagar las viejas deudas a los campaneros que se jubilan la vida arriba, han contribuido también a este fenómeno de sustitución de las viejas campanas. La comunicación entre los ciudadanos viene, además, determinada por otros medios, prensa, radio y televisión, privando a los bronce de mucho de su viejo sentido.

Francesc Llop intenta, sin embargo, mantener parcialmente este viejo arte campanero. El y un equipo vienen, desde hace doce años, tocando en la torre del Patriarca por la Octava del Corpus. «Hay que guardar como oro en paño lo que se pueda de los toques tradicionales», explica. Pero Llop sabe que pocos le siguen en el empeño. «Se ha dado el caso —dice— de que los vecinos de algún barrio han llegado a quejarse de que las campanas de su parroquia despertaban en las mañanas del domingo».